

E R I C F R A T T I N I



El paciente A

LA HISTORIA MÉDICA DE ADOLF HITLER


ESPASA

ERIC FRATTINI

EL PACIENTE A

LA HISTORIA MÉDICA DE ADOLF HITLER

Prólogo del Dr. José Cabrera Forneiro



© Eric Frattini, 2025
© Del prólogo: José Cabrera Forneiro, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Primera edición: enero de 2025

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Imagen de cubierta: © Three Lions / Hulton Archive / Getty Images

Fotografía del autor: © Jorge Puente

Fotografías y documentos del interior: Archivo del autor, National Archives and Records Administration (NARA), Bundesarchiv, The National Archives (UK), Federal Archival Agency of the Russian Federation, State Archive of the Russian Federation (1922-1991), FOIPA (Freedom of Information Act and the Privacy Act), Archives of FBI.

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-7560-1

Depósito legal: B. 22.233-2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Printed in Spain - Impreso en España

Impresión: Liberduplex



ÍNDICE

PRÓLOGO del Dr. José Cabrera Forneiro	11
INTRODUCCIÓN	17
1. EL MÉDICO	39
2. EL PACIENTE	79
3. EL TRATAMIENTO	100
4. EL MISÓGINO	134
5. EL PARAFÍLICO	176
6. EL HOMOSEXUAL	195
7. EL DEMENTE	224
8. EL ADICTO	257
9. EL ANCIANO	285
10. EL CUERPO	320
FUENTES CONSULTADAS	359

1

EL MÉDICO

Muchos historiadores que han estudiado a Hitler le han dado mayor o menor importancia a esa figura en la sombra que fue su omnipresente médico personal: Theodor Morell. Como hemos dicho anteriormente, Joachim Fest lo cita en una sola ocasión en su voluminosa biografía sobre el Führer. El historiador alemán Lothar Machtan en su obra *The Hidden Hitler* no lo menciona ni una sola vez. Allan Bullock en su monumental obra de más de 1700 páginas *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, tan solo se refiere al médico en cinco ocasiones y Albert Speer, en sus memorias, poco más. Robert Payne también, en su obra *The Life and Death of Adolph Hitler*, alude a Theodor Morell en seis ocasiones. Tampoco los grandes biógrafos de los más famosos líderes del Reich dan demasiada importancia al doctor Morell. La historiadora Heike B. Görtemaker en su biografía *Eva Braun. Una vida con Hitler*, nombra al médico tan solo en la parte final de la vida de la pareja en el búnker. Peter Padfield en su magnífica biografía sobre el Reichsführer de las SS, Heinrich Himmler, alude a él únicamente en cuatro ocasiones. Emilie Christa Schroeder, fiel secretaria de Hitler, en sus memorias tituladas *He Was My Chief. The Memoirs of Adolf Hitler's Secretary*, no cita el nombre de Theodor Morell ni una vez.

¿Es que en los años en los que se escribieron estas biografías no se sabía todavía el verdadero papel jugado por Morell en la vida privada de Hitler? ¿Es que los grandes líderes del Tercer Reich no daban importancia alguna a ese obeso médico que acompañaba siempre al Führer? ¿Es que los grandes biógrafos y estudiosos de

aquella época no supieron sobre el verdadero papel jugado por Morell? Lo cierto es que, aunque estos magníficos biógrafos no hayan dado suficiente valor a la figura de aquel personaje con gafas de concha que aparecía siempre fotografiado detrás de Hitler, el NKVD, la inteligencia soviética, sí lo detectó. En el llamado «Dosier Hitler», informe secreto redactado para el mismísimo Stalin basándose en los interrogatorios de Otto Günsche y Heinz Linge, ambos ayudantes del Führer, se cita el nombre del doctor Morell hasta en cuarenta y una ocasiones¹.

La verdad es que los poderosos de todas las épocas han visto influenciado su poder y sus decisiones políticas y militares por su estado físico y/o mental. Por ello, los «médicos oficiales» se convirtieron en piezas fundamentales de su poder. Le ocurrió a Theodor Morell, médico de Hitler, pero también a lord Charles Moran Wilson, médico de Winston Churchill; a Georg Zachariae, médico de Benito Mussolini; a Vladimir Vinogradov, médico de Iósif Stalin; o a Li Zhisui, médico del líder chino Mao Zedong.

Hasta la aparición de Morell, el médico de cabecera del Führer era el joven cirujano Karl Brandt, Gruppenführer de las SS y comisario del Reich para la Sanidad y la Higiene Pública². Brandt intentaba convencer a Hitler sin demasiado éxito para que se sometiera a diversas pruebas médicas. A pesar de que su círculo más cercano se lo recomendaba también, Hitler era reacio a ponerse en manos de un médico de reconocido prestigio³. Albert Speer en sus famosas memorias relata que fueron barajados diversos nombres incluso de profesionales célebres o académicos, sin embargo, cuando llegaba el momento de elegir, Hitler los rechazaba a todos.

El mayor problema era que el propio Führer se negaba a admitir que él mismo fuera un enfermo y que por lo tanto necesitara un médico. Hitler llegó a decirle a Speer que si el pueblo alemán veía en

¹ Henrik Eberle y Matthias Uhl, *The Hitler Book: The Secret Dossier Prepared for Stalin from the Interrogations of Otto Guensche and Heinze Linge, Hitler's Closest Personal Aides*, Bristol Park Books, Nueva York, 2014.

² Karl Brandt sería acusado de crímenes de guerra durante el llamado «juicio a los médicos» de 1947 y condenado a muerte. Su ejecución se llevó a cabo mediante ahorcamiento en la prisión de Landsberg, el 2 de junio de 1948. Brandt tenía cuarenta y cuatro años.

³ Ulf Schmidt, *Karl Brandt: The Nazi Doctor: Medicine and Power in the Third Reich*, Bloomsbury, Nueva York, 2007.



El doctor Morell y Adolf Hitler en la terraza del Berghof (1940).

su líder a un enfermo eso debilitaría su posición política, especialmente ante los Gobiernos extranjeros. Incluso se negó a que un médico le visitase a escondidas. El arquitecto de Hitler escribe: «Por lo que sé, en aquella época no era sometido a reconocimiento serio alguno, sino que se cuidaba de acuerdo con teorías que fundamentaba en sus síntomas; cosa que, por lo demás, respondía a su carácter de aficionado en todos los campos»⁴. Lo que sí se sabe es que fue el propio Hitler quien requirió los servicios del famoso otorrinolaringólogo berlinés, el profesor Carl Otto von Eicken. Hitler estaba preocupado por una severa afonía cada vez más acentuada. «Realmente, él [Hitler] pensaba que tenía algún tipo de cáncer de garganta», escribe Speer. El doctor Von Eicken no encontró el menor rastro de cáncer, pero sí de un inofensivo nódulo, que incluso el cirujano extirpó en la misma residencia del enfermo⁵.

En 1936, Heinrich Hoffmann, amigo y fotógrafo personal de Hitler y aficionado a las prostitutas, pero mucho más a los clandestinos clubes homosexuales de Berlín, sufrió de blenorragia, una en-

⁴ Albert Speer, *Inside the Third Reich: Memoirs*, Ishi Press, Nueva York, 2009.

⁵ Von Eicken extraería un pólipo de la garganta de Hitler en mayo de 1935 y nuevamente en noviembre de 1944.

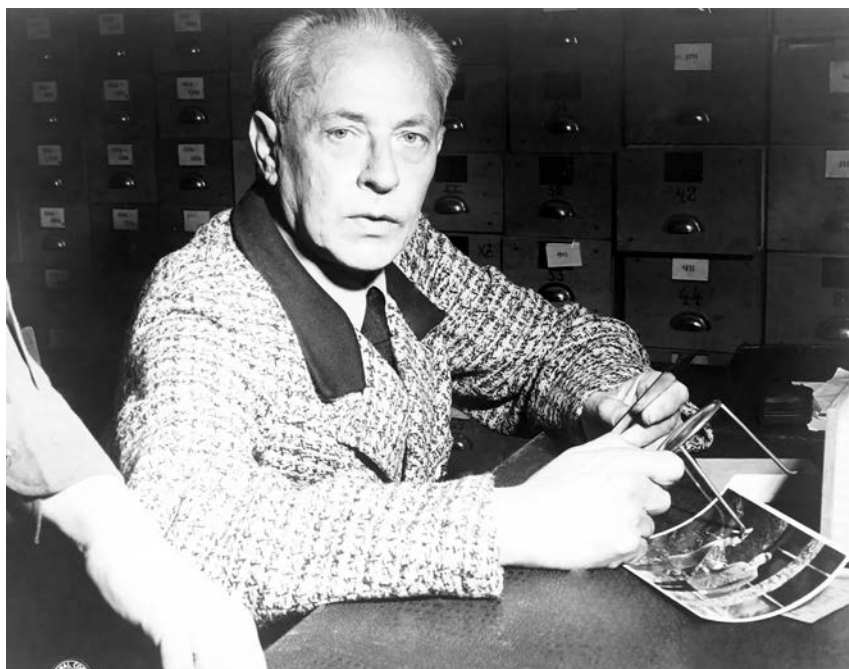
fermedad de transmisión sexual que se caracteriza por la inflamación de las vías urinarias y genitales. Esa dolencia era sencillamente gonorrea⁶. Hoffmann acudió entonces a un médico amigo suyo llamado Theodor Morell. En poco tiempo, el fotógrafo mejoró, en parte gracias al tratamiento con sulfamidas traídas desde Budapest que le administró Morell. El milagroso medicamento se llamaba Ultraseptyl. Desde ese mismo momento, Heinrich Hoffmann no dejó de hablar a Hitler sobre «ese increíble médico que lo trató y curó, y que incluso le había salvado la vida»⁷. Seguramente Hoffmann hablaba de buena fe porque una de las características que tenía Morell era la de agravar la enfermedad del paciente para luego, tras curarle, resaltar así su arte y conocimientos médicos y científicos.

Según el propio médico, había estudiado con el famosísimo microbiólogo Iliá Méchnikov, investigador en el Instituto Pasteur y galardonado con el Premio Nobel de Medicina en 1908 por su trabajo sobre la fagocitosis e inmunidad. El científico le había enseñado, al parecer, la forma de combatir las enfermedades bacterianas. Finalmente, en el otoño de 1936, Adolf Hitler se dejó convencer por Hoffmann para someterse a un amplio chequeo médico por parte de Theodor Morell. Según Albert Speer, Hitler quedó encantado con el resultado y se manifestó convencido de la necesidad de tener un médico siempre a su lado. «Todavía nadie me había dicho con tanta claridad y precisión lo que me ocurre. [...] Su camino para llegar a la curación discurre de una manera tan lógica que este doctor me hace concebir las mayores esperanzas. Me atenderé exactamente a lo que me ha recetado», le dijo Hitler a Speer, que lo recogió en sus memorias. Hitler había revelado a Theodor Morell sus problemas estomacales y le mostró sus piernas vendadas. El médico pudo comprobar que el Führer sufría de terribles dolores debido a los supurantes eccemas que invadían sus piernas y parte de los pies⁸. También encontró a un Hitler completamente agotado y con grave estreñimiento, probablemente debido a una sobrecarga de tipo nervioso. El tratamiento fue inyectar al Führer un complemento vitamí-

⁶ Anna Maria Sigmund, *Las mujeres de los nazis*, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 2000.

⁷ Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend. The Memoirs of Hitler's Photographer*, Frontline Books, Nueva York, 2012.

⁸ Tania Crasnianski, *Le pouvoir sur ordonnance. Ces drogués qui ont fait le XX^e siècle*, Grasset, París, 2017.



Heinrich Hoffmann presentó a Morell a Hitler.

nico, hormonas, fósforo y glucosa. Morell dijo a Hitler que el tratamiento tenía que durar un año y que «debía ser controlado de forma exhaustiva», algo que ayudó a que Hitler quisiera tener siempre al médico dentro de su estrecho círculo.

La mayor parte de los medicamentos recetados o inyectados, incluidas las dosis suministradas por Morell a Hitler, eran un misterio para todos, menos para él mismo. A partir de 1937, Morell se convirtió en la sombra de Hitler. Allí donde estaba el Führer, detrás estaba siempre aquella imagen rechoncha y sonriente de su médico personal. La descripción de su pasaporte indicaba «constitución media, cara ovalada, ojos grises y peso entre cien y ciento cinco kilos»⁹.

La mayor parte de las sustancias inyectadas o recetadas al Führer eran cápsulas con bacterias intestinales bajo el nombre de Mutaflor y que, según Morell, él mismo fabricaba a través de «los mejores cultivos de un campesino búlgaro». Fuera cierto o no, la verdad es

⁹ Ottmar Katz, *Théo Morell, médecin de Hitler*, Éditions France-Empire, París, 1986.

que provocó un gran recelo no solo entre los médicos que hasta entonces le habían tratado, incluido el doctor Karl Brandt, sino también en el férreo aparato de seguridad que rodeaba a Hitler. Brandt decidió entonces hacer indagaciones entre sus colegas. Todos coincidían en que los métodos de Morell eran «atrevidos, rechazados por falta de investigación y de gran peligro, que su administración supone debido a que la mayor parte de ellos provocarán una fuerte adicción».

También altos cargos del Tercer Reich, como el mismísimo Herman Göring, se dedicaban a desprestigiar a Morell. Albert Speer relata que un día, durante un fin de semana en el Berghof, Göring ofendió gravemente al médico denominándole delante de todos los presentes como *Der Reichsspritzenmeister*, «Maestro de Inyecciones del Reich» pero también como «Canciller Aguja» o «Ministro Inyector», en parte por la afición de Morell a utilizar inyecciones cuando se enfrentaba a cualquier problema médico. Sin embargo, al poco de iniciar el tratamiento, la mayor parte de los eccemas desaparecieron de los pies y piernas de Hitler. También mejoró su estómago y al cabo de unos días comenzó a comer platos más fuertes y en mayores cantidades, y a ganar peso. Los dolores y retortijones de estómago habían desaparecido. Feliz de ello, Adolf Hitler paga una fuerte suma de dinero a Morell, la cual le permite adquirir una casa



Publicidad de Mutaflor.

en un elegante barrio de Berlín. «Menos mal que he encontrado a Morell. Me ha salvado la vida. Su ayuda ha sido realmente maravillosa», confesó Hitler a Speer¹⁰.

Para octubre de 1937, Hitler vuelve a estar débil y aumenta su hipocondría. «Hitler estaba convencido de que su vida sería corta y que su misión antes de ello sería restaurar la gloria de Alemania», aseguraría el propio Theodor Morell a Michael Musmanno, juez del Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra de Núremberg¹¹.

El doctor Theodor Gilbert Morell nació el 22 de junio de 1886 en el pequeño pueblo de Trais-Münzenberg, en el Alto Hesse. Segundo hijo de un humilde profesor, su familia de origen hugonote se había trasladado desde Die, un pueblo cerca de Grenoble a Alemania a finales del siglo XVII, huyendo de las guerras de religión. Morell, al igual que su Paciente A, era de salud frágil. Desde su más tierna infancia había sufrido de dolores de pecho y calambres de estómago. Su madre procedía de una rica familia de granjeros de Hesse.

Tras cursar en la escuela elemental en Friedberg y en la escuela superior de Giessen, el joven Morell trabaja en diferentes empleos entre los dieciséis y los diecinueve años: repartidor, vendedor de pan, mecánico, cartero y, finalmente, maestro, profesión que abandona para matricularse en la Facultad de Medicina. En Francia, asiste a las clases del premio nobel Iliá Ilich Méchnikov en el prestigioso Instituto Pasteur, donde entre 1909 y 1910 estudia Parasitología que compagina con estudios de Obstetricia y Ginecología en el Instituto de Obstetricia Tournier de París, al que acuden todas las mujeres de la alta sociedad parisina. Allí conoce al famoso profesor Paul Bar, fundador de la institución. Morell se convierte en el más estrecho colaborador de Bar, hasta que finalmente decide regresar a Alemania. En Múnich recibe su diploma de médico, el 13 de agosto de 1913¹². Su tesis doctoral sobre obstetricia y ginecología en la Universidad de Heidelberg consigue un «excelente» por parte del tribunal examinador, y el Ministerio de Estado Real de Baviera expide

¹⁰ Albert Speer, *Inside the Third Reich...*, op. cit.

¹¹ Michael A. Musmanno, *Ten Days to Die: the Authoritative and Dramatic Story of Hitlers Mad Finale Told for the First Time in this Sensational Account Drawn from Direct Eyewitnesses*, Doubleday, Nueva York, 1950.

¹² David Irving, *Adolph Hitler: The Medical Diaries...*, op. cit.

su título de médico general, el 23 de mayo de 1913¹³. Aburrido de la sociedad de Múnich, el doctor Theodor Morell decide abandonar la ciudad y enrolarse como médico de a bordo en las navieras Woehrmann, Hamburg-South-Amerika y Norddeutscher Lloyd. Años después, el propio Morell confesaría al juez Musmanno que «los tratamientos más extraños a los que sometió al Führer fueron producto de su experiencia como médico de a bordo de los grandes cruceros que navegaban por los trópicos».

Finalmente, cansado de la vida nómada, Morell decidió regresar a Alemania e instalar una consulta en Dietzenbach. Allí trata enfermedades urinarias y venéreas. Esto último le granjea la amistad de los hombres más influyentes de la ciudad, en parte debido a la discreción con que Morell llevaba estos asuntos. Nunca extendía recetas a sus particulares pacientes, en parte para evitar que en las farmacias supieran que sus influyentes e infieles «amigos» eran aficionados a tratar con prostitutas y que por eso se habían contagiado de alguna enfermedad infecciosa. El 30 de julio de 1914, tan solo dos días después de estallar la Primera Guerra Mundial, el doctor Morell es movilizado y enviado como médico de batallón al frente occidental y, desde enero de 1918, como médico en el campo de prisioneros aliado en Ohrdruf, en Turingia. Allí permanece a salvo de los horrores de la guerra hasta que, en noviembre del mismo año, la derrota alemana y la posterior rendición provocan su desmovilización.

Los años siguientes son difíciles de rastrear. Se sabe que, en enero de 1919, Morell instala una consulta en la berlinesa Bayreuthstrasse, que permanece abierta durante los siguientes diecisiete años, exactamente hasta 1936. En 1920 conoce a una joven llamada Johanna —Honi— Möller, cantante de ópera e hija de un acomodado comerciante de telas, con quien contrae matrimonio. No llegan a tener hijos, pero ella se dedica en cuerpo y alma a ayudar a su marido a ascender en la sociedad. Son años florecientes debido a que sus pacientes son, en su mayoría, miembros destacados de la Comisión Interaliada¹⁴. También por la consulta del doctor Morell pasan gran

¹³ Ottmar Katz, *Théo Morell, médecin de..., op. cit.*

¹⁴ El término Comisión de Control Militar Interaliada se utilizó en una serie de tratados de paz, celebrados tras la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Los miembros de esta comisión eran los encargados de hacer cumplir a las potencias

cantidad de pacientes judíos con alto poder adquisitivo. Se dice que, para este grupo social, el oportunista Morell monta en 1925 un balneario en una villa de Heringsdorf, en la isla de Usedom, a orillas de la costa báltica, pero debido al poco éxito se ve obligado a reconvertirlo en un pequeño hotel dirigido por su propia esposa. Lo que se sabe con certeza es que Theodor Morell recibe ofertas del entonces sha de Persia, Reza Shah Pahlevi, y del rey Fernando I de Rumanía para convertirse en su médico de cabecera. Morell rechaza ambas propuestas en parte porque su consulta berlinesa se ha convertido en una auténtica mina de oro donde solo trata a aquellos que pueden abonar sus abultadas facturas¹⁵.



El doctor Theodor Morell.

A inicios de la década de los treinta Morell es ya un prominente médico con una amplia consulta con placa de bronce en la puerta que indica «Doctor Theodor Morell. Rayos X, diatermia de alta frecuencia, radioterapia, tratamientos galvánicos, análisis de orina y serología». Sus ingresos anuales alcanzan la nada desdeñable cifra de 150.000 *Reichsmarks*. En su consulta, detrás de su mesa y enmarcada en un brillante marco de plata, destaca una fotografía dedicada de Guillermo de Prusia, príncipe heredero imperial y jefe de la casa Hohenzollern. Otros famosos que pasaron también por su consulta fueron el tenor austríaco Richard Tauber; el boxeador alemán y

centrales derrotadas (Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria) los términos del tratado de paz, como eran la conversión de toda la producción militar y/o relacionada con armamentos, así como la transformación de instalaciones militares en un uso puramente comercial. La decisión y el *modus operandi* para garantizar esto recayó en la Comisión de Control Militar Interaliada. Esta dejó de operar en Alemania el 28 de febrero de 1927, seis años antes del ascenso de Hitler al poder.

¹⁵ David Irving, *Adolph Hitler: The Medical Diaries...*, *op. cit.*

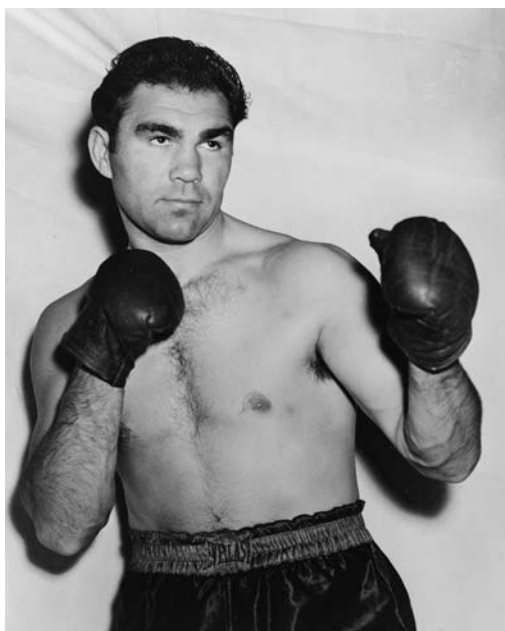
campeón del mundo de los pesos pesados Max Schmeling; la cantante y actriz chilena Rosita Serrano, conocida como *die chilenische Nachtigall* (el Ruiseñor Chileno); el pianista austríaco Peter Kreuder; el arquitecto y escultor Arno Breker; e incluso la amante de Joseph Goebbels, la actriz checa Lída Baarová. Se sabe por sus propias memorias, escritas tras la guerra, que la famosa directora Leni Riefenstahl fue también paciente de Morell o, al menos, el propio Hitler le ofreció ser tratada por su médico de cabecera:

A los pocos días volvió a dejarse sentir mi terrible enfermedad, un cólico tras otro. Como no tolero la morfina ni otros calmantes estaba indefensa ante aquellos terribles ataques. [...] Los dolores habían marcado demasiado mi rostro. Volví a ingresar en una clínica. Por consejo de los médicos debía someterme a tratamiento en Bad Elster, con baños de fango. [...] al cabo de un mes fui dada de alta. El profesor Kielleuthner quiso examinarme otra vez. Antes de que hubiera libre una cama en su clínica, me alojé en el hotel Rheinischer Hof, frente a la estación de ferrocarril. Allí recibí sorprendentemente una visita insólita: Hitler. [...] «¿Qué cosas hace usted?», me dijo, tras entregarme unas flores. Me infundió ánimos y me ofreció hacerme tratar por su médico, el doctor Morell¹⁶.

Tras la llegada al poder de los nazis en 1933, Theodor Morell descubrió horrorizado una mañana que su brillante placa de bronce había sido pintada con la palabra «judío». Probablemente este particular ataque se debió a que el médico tenía una amplia clientela judía o a que, como dijo a sus interrogadores aliados tras la guerra, «pudo ser por mi complexión morena y que pudo haberme confundido con un judío». Por esta misma razón y para prever problemas futuros, el 7 de abril de 1933 decide afiliarse al NSDAP, el Partido Nazi; sin embargo, se sabe que el médico continuó tratando pacientes judíos al menos hasta 1938.

En 1936, traslada su consulta al número 216 de la elegante Kurfürstendamm, y aunque esta vez la placa indicaba «Doctor Morell. Médico general», lo cierto es que su mayor número de pacientes se acercaba a verle para ser tratados por enfermedades venéreas. La nueva consulta estaba dividida en tres zonas: la consulta, que ocupa-

¹⁶ Leni Riefenstahl, *Leni Riefenstahl: A Memoir*, Picador Books, Nueva York, 1995.



Famosos como Richard Tauber, Max Schmeling, Lída Baarová o Arno Breker fueron pacientes de Morell.

ba la mayor parte de la planta del edificio; una segunda zona, en la que tenía su residencia privada ricamente decorada con muebles diseñados por Gustav Heinrich Eberlein o bustos de mármol de Gustav Blaeser; y una tercera, en la que había instalado un gran equipo ultramoderno de rayos X, dos lámparas ultravioletas y tres aparatos diatérmicos¹⁷. Su vida hasta entonces era lineal. Sin ningún tipo de altibajos. Sin ninguna preocupación. Él se ocupaba de sus pacientes y del buen ritmo de su consulta, y su esposa Johanna de la administración, pero todo aquello iba a cambiar en la primavera de 1936 cuando recibe una llamada de su amigo Heinrich Hoffmann, amigo personal de Adolf Hitler y su fotógrafo oficial. El fotógrafo tenía un moderno estudio en las esquinas de las calles Amalienstrasse y Theresienstrasse en Múnich, donde se realizaban retratos de estudio en sesiones y venta de rollos y máquinas fotográficas llamado Photohaus Hoffmann. En el año 1929, Hoffmann contrató como asistentes a dos hermanas adolescentes llamadas Eva y Gretl Braun.

Hoffmann, un alcohólico empedernido, había comenzado a tener relaciones homosexuales desde la prematura muerte en 1928 de su esposa Therese Baumann, pero sabía que Morell no haría preguntas. El hecho es que la ficha del paciente «Hoffmann, Heinrich», aparecida tras la guerra, muestra que fue tratado de una «pielitis», inflamación que se produce en la pelvis renal, cuya principal función es recoger la orina¹⁸. Pocos días después, recibió una segunda y sorprendente llamada del fotógrafo. El agradecido paciente quería presentarle a un amigo «muy importante» en Múnich. Aunque lo hizo a regañadientes, Theodor Morell no tuvo más remedio que aceptar la invitación y más cuando el propio Hitler envió su avión y a su piloto privado Hans Baur, para recogerle y trasladarlo hasta la capital bávara. Ya no habría vuelta atrás.

Poco después, en la residencia de Hoffmann, situada en el elegante barrio muniqués de Bogenhausen, Morell estrechó la mano del canciller de Alemania, Adolf Hitler. De esta forma quedaría así sellado su destino en paralelo al del Führer del Tercer Reich. En

¹⁷ Hans-Joachim Neumann y Henrik Eberle, *Was Hitler Ill? A Final Diagnosis*, Polity Press, Cambridge, 2013.

¹⁸ Con el fin de acabar con las habladurías sobre su homosexualidad, se dice que Hitler obligó a su amigo y fotógrafo a contraer matrimonio nuevamente. La elegida fue Erna Gröbke.

esos días, Hitler sufría de una profunda depresión debido a la muerte de su conductor y amigo, Julius Schreck. También estaba preocupado por la salud de su también amigo y fotógrafo oficial, Heinrich Hoffmann.

Hitler pidió entonces a Morell que no se separase del fotógrafo durante toda su convalecencia, algo que para el médico era un absoluto problema debido a que tendría que abandonar a sus importantes pacientes que seguían acudiendo a su consulta. Durante un viaje a Venecia con Hoffmann, el médico pudo acercarse aún más a Hitler y más cuando consiguió curar al fotógrafo oficial del líder nazi. En el verano de 1936, Johanna Morell visitó a su esposo en la casa de Heinrich Hoffmann. Después de un almuerzo, el médico señaló a una rubia y le dijo a su esposa: «¿Ves a esa rubia? Es la “amiga” del Führer». Eva Braun había sido una de las principales ayudantes en el laboratorio de Heinrich Hoffmann. Johanna Morell hizo buena amistad con aquella jovencita de veinticuatro años, algo que ayudaría a establecer una relación aún más estrecha entre el propio Morell y Hitler. Pocas semanas después, Morell se había convertido también en el médico de confianza de Franziska Braun, la madre de Eva, tras tratarla de sus dolorosas y molestas migrañas. La familia Braun estaba tan encantada con el médico que fue la propia Eva quien invitó a Morell al Berghof. Incluso se sabe por las anotaciones del médico que la amante de Hitler le consultó en diversas ocasiones sobre la posible utilización de alguna inyección para quitarse el hábito de fumar¹⁹. Se dice también que Morell conocía un secreto de Eva Braun y que, por ese mismo motivo, la amante del Führer evitó siempre descalificar al médico abiertamente. Al parecer, Morell sabía que la joven Eva había intentado suicidarse el 28 de mayo de 1935, tomando una caja de somníferos Vanodorm. La encontró inconsciente su hermana Ilse, que le practicó los primeros auxilios y llamó a un médico. Eva había tomado veinte pastillas con alcohol. No se sabe bien cómo Theodor Morell conocía aquel incidente²⁰.

Morell y su esposa Johanna sabían que quien pasaba por el Berghof pertenecía desde ese mismo momento al selecto séquito de Hitler, un grupo solo parcialmente idéntico al estrato dirigente del Tercer Reich. En este grupo estaban integradas también las familias con

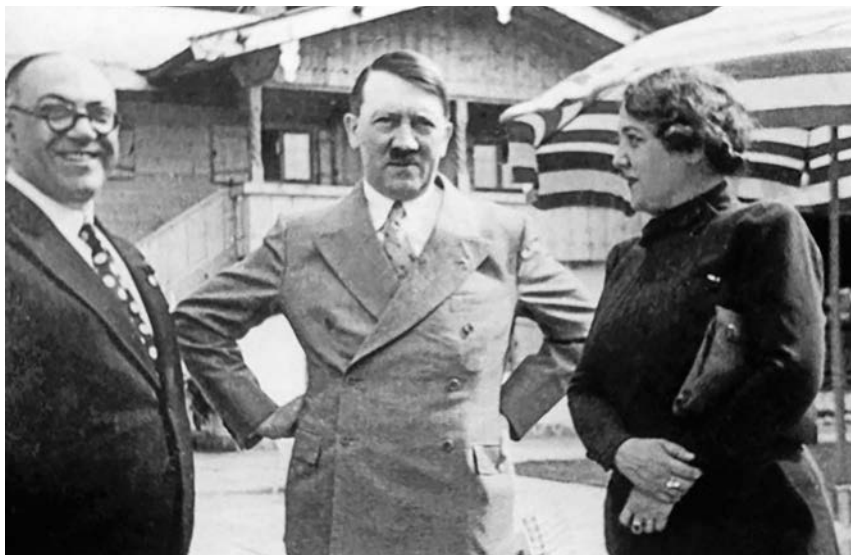
¹⁹ Anna Maria Sigmund, *Las mujeres de los nazis...*, op. cit.

²⁰ *Ibidem*.

residencias permanentes en el Obersalzberg, como la de Albert Speer, Rudolf Hess o Martin Bormann, jefe de la Cancillería y verdadera *alma mater* del valle bávaro. Hermann Göring raras veces se dejaba ver en el valle. Otros invitados frecuentes en el Berghof eran Joseph Goebbels y su familia o el fotógrafo Heinrich Hoffmann. También siempre presentes estaban los dos médicos de confianza del Führer, Karl Brandt y Theodor Morell. Heinrich Himmler o Reinhard Heydrich iban en raras ocasiones, en parte porque Eva Braun prefería en el Berghof un ambiente de artistas, actores o deportistas que aquellos toscos militares y miembros de las SS, con los que no tenía nada en común.

Para Albert Speer Morell no era un charlatán, sino más bien un fanático poseído por el amor a su profesión y la pasión por el dinero: «Era un médico que no había logrado una aceptación unánime en el entorno del Führer, tanto por su físico poco saludable y sus modales groseros como por su influencia real o supuesta». El arquitecto de Hitler escribe en sus memorias sobre el diagnóstico y tratamiento fallido que le impuso a él mismo el doctor Morell:

En 1936, cuando mi circulación y mi estómago se rebelaron, llamé al consultorio privado de Morell. Después de un examen superficial, Morell me recetó tabletas de bacterias intestinales,



Morell, Hitler y Johanna Morell en el Berghof.

dextrosa, vitaminas y hormonas. Por razones de seguridad, el profesor Von Bergmann, especialista en medicina interna de la Universidad de Berlín, me hizo un examen minucioso. No sufría ningún problema orgánico, concluyó, sino solo síntomas nerviosos causados por el exceso de trabajo. Reduje el ritmo lo mejor que pude y los síntomas disminuyeron. Para no ofender a Hitler, fingí que seguía cuidadosamente las instrucciones de Morell y, como mi salud mejoró, me convertí durante un tiempo en la «obra maestra» de Morell²¹.

Freitag von Loringhoven, ayudante de campo del general Heinz Guderian, el padre de la guerra relámpago, afirmaba: «Con el pretexto de ser el médico personal de Hitler, Morell era solamente un aprovechado de la guerra». Karl Wilhem Krause, guardaespaldas de Hitler, dijo a sus interrogadores estadounidenses tras el fin de la guerra: «¡Las muchas inyecciones que [Morell] le ponía a Hitler casi diariamente tienen que consumir a un hombre! Hitler tomaba pastillas en cantidades industriales».

Todos criticaban los diagnósticos de Morell, incluso los tratamientos a los que sometía a Hitler, pero nadie conocía realmente lo que contenían aquellas jeringuillas. Solo lo sabía Theodor Morell. «Ni yo ni los otros médicos sabemos qué contenían sus pinchazos. [...] Sigo estupefacto por la influencia que ejercía sobre Hitler en cuestiones médicas», señalaba el doctor Karl Brandt, Gruppenführer de las SS y ejecutado en la horca en junio de 1948 por crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad. El historiador y ex-miembro de la inteligencia británica Hugh Trevor-Roper describía a Theodor Morell como «un hombre viejo doblegado por los modales serviles, con un lenguaje incoherente y con rutinas de higiene propias de un cerdo. [...] Era imposible vislumbrar cómo un hombre que no cultivaba el más mínimo respeto por sí mismo podía ser elegido médico personal, incluso por una persona que tuviera una capacidad de elección limitada»²². Emilie Christa Schroeder, una de las secretarías personales de Hitler, describía para sus interrogadores aliados al médico de Hitler: «Tenía las orejas y los puños cubiertos de pelo. En los dedos más grandes llevaba exóticos anillos que había comprado durante sus viajes por el extranjero. Allí también

²¹ Albert Speer, *Inside the Third Reich...*, op. cit.

²² Hugh Trevor-Roper, *Last Days of Hitler...*, op. cit.

había incorporado algunos hábitos alimentarios, como no pelar la naranja, sino clavarle directamente los dientes con cáscara y todo hasta que salga el jugo. También era muy vanidoso. Si un fotógrafo se acercaba con su cámara, Morell se situaba inmediatamente al costado de Hitler».

Karl Brandt, el que fuera médico de Hitler, describía así a su «archienemigo»: «Morell nació en no sé qué localidad de las cercanías de Darmstadt. Tendrá unos cincuenta años, es muy gordo, calvo, tiene el rostro redondo y mofletudo, la tez muy oscura y los ojos marrones, es miope y usa gafas. Tiene las manos y el torso muy peludos. Mide aproximadamente un metro setenta»²³. Eva Braun, la amante del Führer, a pesar de saber que había curado a su propia madre de sus migrañas, aseguraba que el médico era tan sucio que le provocaba náuseas, en parte por su olor corporal. Ante las continuas quejas de su compañera, Hitler afirmaba de forma tajante: «Yo no empleo a Morell por su aroma, sino para que cuide de mi salud».

Lo cierto es que, ya para las Navidades de 1936, Heinrich Hoffmann invitó a Morell y a su esposa a pasar unos días en el Obersalzberg, el valle en el que se asentaba el Berghof de Hitler, cerca de Berchtesgaden. Johanna Morell recuerda un día cuando todo el mundo estaba reunido en la bolera de la residencia de descanso del Führer y fue una Navidad que el matrimonio Morell jamás olvidaría:

Yo estaba con mi marido cuando Hitler vino hacia nosotros y le dijo: «¿Dispone usted de un momento, Morell?»». Los dos se fueron a dar una vuelta juntos. [...] Bormann y Brandt llegaron. Evidentemente, algo se olían. Ambos hombres entraron precipitadamente en el lugar en el que estaban Hitler y mi marido. Pero Hitler les echó con gritos. ¡Y entonces fue cuando enganchó a mi marido!²⁴.

El acuerdo establecido entre ambos fue que el médico se encargaría de cuidar de la salud del hombre más poderoso de Europa. Lo más curioso de todo es que, a inicios de 1937, Adolf Hitler no sufría de ningún problema serio de estómago y hasta ese momento ningún médico parecía haber podido curarle sus molestias estomacales, aunque lo más probable es que estas dolencias fueran tan solo estrés

²³ Ulf Schmidt, *Karl Brandt: The Nazi Doctor...*, op. cit.

²⁴ David Irving, *Adolph Hitler: The Medical Diaries...*, op. cit.

y nervios. Theodor Morell lo sospechó desde el primer momento. En sus diarios personales hay varias anotaciones al respecto, pero la verdadera razón por la que Morell se convirtió en médico personal del Führer sería el eccema severo que sufría el líder alemán. El eccema le afectaba a ambas piernas y era tan molesto que los médicos tenían que cubrírse las con gruesos vendajes que le impedían incluso poder calzarse las botas. Hitler le dijo a Morell que si era capaz de curarle semejante molestia le regalaría una propiedad en la ciudad y barrio que él eligiese. Johanna Morell recordaría años después a sus interrogadores aliados que aquel regalo no le entusiasmó demasiado. Aquella casa iba a significar el fin de la libertad de su esposo como médico y como ciudadano anónimo.

Le dije a mi esposo, cuando regresó de su encuentro con Hitler, que para qué necesitábamos todo aquello. ¿Por qué vinimos aquí [Berghof], en vez de ir a cualquier otro sitio? Conseguiremos una vida espléndida en Berlín sin necesidad de estar en el estrecho círculo del Führer. Sin embargo, a mi esposo le perdió la tentación de estar cerca del poder, aunque yo le intentase convencer de que jamás formaría parte de aquella élite. El inicio del final fue sin duda al día siguiente de su encuentro, cuando mi esposo confirmó a Hitler que él le pondría en perfecto estado de salud en menos de un año. Entonces ya no había vuelta atrás²⁵.

Hitler tenía hasta 1937 una buena constitución. Había padecido unos pequeños problemas pulmonares cuando era pequeño, pero habían desaparecido con el tiempo. «Nunca estuve enfermo», solía decir el propio Hitler a su entorno. Morell apuntó en su diario que Hitler tenía una cicatriz en su muslo izquierdo, resultado de una herida sufrida durante la Primera Guerra Mundial. El doctor Erwin Giesing, especialista en otorrinolaringología, escribió en su diario en noviembre de 1945 que el Führer tenía una «vieja cicatriz ovalada del tamaño de una habichuela y muy arrugada, de la Primera Guerra Mundial, con su eje mayor vertical. [...] Hitler no supo decirme si aún quedaba dentro alguna esquirra»²⁶.

Cuando Theodor Morell le propuso hacerle un chequeo general para realizar una historia médica, Hitler se negó en rotundo. El

²⁵ Anna Maria Sigmund, *Las mujeres de los nazis...*, op. cit.

²⁶ Hans-Joachim Neumann y Henrik Eberle, *Was Hitler Ill?...*, op. cit.

31 de marzo de 1945, el médico apuntó en su diario la negativa del Führer: «Nunca he estado enfermo, por lo tanto no hay nada que escribir», le dijo. La verdad es que esta afirmación no era del todo cierta. Morell sabía que durante el Putsch de Múnich, en noviembre de 1923, Hitler sufrió una caída hiriéndose la clavícula izquierda y el hombro del mismo lado. Durante un tiempo tuvo que llevar el brazo en cabestrillo. Morell anotó en su diario: «El Paciente A se fracturó el omóplato izquierdo por la parte inferior de la cavidad glenoidea. [...] el grado de abducción y rotación del hombro izquierdo quedó limitado algunos años». De todas formas, Adolf Hitler siguió insistiendo ante su médico que no había nada que escribir porque con el tiempo fue capaz de recobrar por completo la movilidad de su hombro y brazo, y aunque seguía defendiendo este mismo debate de forma vehemente, se sabe, por ejemplo, que en julio de 1941 sufrió un ataque de disentería que le obligó a meterse en la cama.

Lo cierto es que Theodor Morell consiguió ir recopilando datos y declaraciones de médicos y compañeros que le ayudaron a crear un historial médico. El 1 de diciembre de 1941, tras inyectarle un compuesto de glucosa, Vitamultin y extracto de hígado, el médico escribió en su diario: «Siempre dice [Hitler] que los peores espasmos estomacales los ha sufrido tras violentos trastornos emocionales». Durante el juicio de 1924, con posible condena a la pena capital; en 1929, debido a las fuertes deudas acumuladas por el periódico *Völkischer Beobachter* y la editorial Eher; en 1935 y 1936, por la falta de fiabilidad en los altos mandos militares; en 1943, justo antes de su encuentro con Benito Mussolini en la ciudad de Feltre, cuando ya se esperaba la traición del ejército italiano y su posterior rendición a los aliados; o después de julio de 1944, tras su intento de asesinato en la llamada operación Valkiria.

El 3 de octubre de 1944, Morell vuelve a escribir en su diario:

Podría decir cómo el Führer comentó esa tarde que había tenido espasmos estomacales y meteorismo desde 1929, como resultado de los trastornos de entonces. [...] También sufrió violentos espasmos después de tomar unas píldoras recomendadas por el doctor Brückner durante un largo periodo de tiempo. El doctor Grawitz pudo comprobar la presencia de alcohol metílico en las cápsulas. Desde entonces han venido sucediéndose los espasmos

una y otra vez, tras periodos de máxima tensión, como los muchos que viene sufriendo últimamente²⁷.

Cuando Theodor Morell se convirtió en el médico oficial del canciller alemán en 1936, Hitler era ya un vegetariano radical. No comía pescado, ni pollo, ni huevos, y mucho menos carne de ningún tipo. Walther Darré, entonces ministro de Alimentación y Agricultura del Reich, aseguró en sus memorias que su conversión al vegetarianismo llegó a la vida de Hitler en septiembre de 1931 tras el suicidio de su sobrina Geli Raubal²⁸. Erwin Geising declaró a sus interrogadores tras la guerra que probablemente un Hitler culpable pensase que debía reprimir su apetito sexual abandonando el consumo de carne. Anni Winter, la fiel ama de llaves del propio Führer, pensaba lo mismo: «Dejó de comer carne tras la muerte de su sobrina Geli. [...] Disfrutaba comiendo pasteles, fruta y vegetales, pero cuando el profesor Morell llegó a ser su médico sus hábitos alimenticios fueron realmente a peor, llegando a ser insanos y anormales». La propia Winter llegó a revelar a un historiador alemán en 1952 que «Morell tenía una influencia demoníaca sobre Hitler y había ido lenta, pero sistemáticamente, arruinando la salud de Hitler. Había matado de hambre al Führer y luego le mantuvo vivo artificialmente con sus inyecciones y píldoras misteriosas»²⁹.

La verdad es que durante sus primeros años como político Hitler y los médicos no se llevaban del todo bien, hasta que en el verano de 1933 todo cambió. El 15 de agosto, Hitler y su séquito se dirigían a la ciudad de Reit im Winkl. Uno de los vehículos sufrió un terrible accidente, llegando a volcar. Brückner, edecán del Führer, quedó malherido. Fractura de su pierna izquierda y también de cráneo. El doctor Karl Brandt, que viajaba en el séquito, pudo trasladar a Brückner hasta el hospital de Traunstein y salvarle la vida. En ese mismo momento, Hitler decidió que era necesario para él viajar siempre acompañado de un médico en todo momento. Cuando Hitler se reunió en Venecia con Mussolini, al año siguiente, Karl Brandt figuraba en el séquito.

²⁷ Kurt Kruger, *I was Hitler's doctor: From the German of Kurt Krueger*, Biltmore Publishers Company, Asheville, Carolina del Norte, 1943.

²⁸ Anna Bramwell, *Blood and Soil: Richard Walther Darré and Hitler's «Green Party»*, Kensal Press, Londres, 1985.

²⁹ Christa Schroeder, *He Was My Chief...*, op. cit.